

# La escuela católica, hoy.

Identidad, sentido y significado de la escuela  
católica en la sociedad del siglo XXI

**Lorenzo Tébar Belmonte\***

*«La Iglesia es siempre una Iglesia del tiempo presente.*

*No mira a su herencia como a un tesoro de un pasado caduco,  
sino como a una poderosa inspiración para avanzar en la peregrinación de la fe  
por caminos siempre nuevos».*

(Juan Pablo II, homilía en Reims, 1995)

## ¿QUÉ DICES, ESCUELA CATÓLICA, DE TI MISMA, HOY?

El documento de la Conferencia Episcopal: *La escuela católica. Oferta de la Iglesia en España para la educación en el siglo XXI* (Madrid, 27 de abril de 2007), quiere ser un «instrumento de reflexión y aplicación a la propia vida de los colegios católicos» (art. 61). A lo largo de sesenta artículos se nos ofrece una revisión de principios fundamentadores de una escuela en crisis, que debe responder a los retos que hoy le lanza una sociedad incierta, en cambio vertiginoso. En este breve análisis deseamos contribuir de forma constructiva a la comprensión y revitalización de la misión educativa, pues es evidente que el tema de la educación nos permite una aportación plural y enriquecedora, desde una óptica multidisciplinar.

---

\* Profesor de Pedagogía en el Centro Superior de Estudios Universitarios La Salle, Madrid.

La lectura atenta de este asequible recordatorio de tres bloques: retos, identidad y prioridades de la escuela católica (EC), prescinde de un análisis serio de la difícil panorámica de la educación en nuestro país. Desde las políticas educativas, las estructuras socioculturales, la crisis de la familia, el malestar y abandono de los docentes, los nefastos resultados de la evaluación escolar y las altas tasas de fracaso escolar, la resistencia de la escuela a un cambio psicopedagógico en profundidad, que responda a las nuevas demandas de la sociedad tecnificada y de conocimiento..., son unas pinceladas que se obvian en el documento. Se constata que cada día, paradójicamente, teniendo más medios, *se hace más difícil educar* (art. 9), porque se han olvidado los aspectos más esenciales de una profesión que se asienta en un sistema de creencias y valores, que, a la vez, es ciencia y arte, que se ve condicionada constantemente por cuantos, directa o indirectamente, influyen en la educación de los niños y jóvenes. Hoy debemos hablar de una nueva antropología, para entender a los educandos en todas sus etapas evolutivas, pero no podemos descuidar los principios, tanto éticos como sociales o psicopedagógicos, que orientan todos los procesos del complejo mundo de las relaciones pedagógicas y educativas. No en vano nuestro documento referencial se interna directamente en los retos que debe afrontar la EC (parte II).

Todo documento debe arrancar del análisis de la realidad, no sólo para iluminarla, sino para conocerla, previamente, y para hacer un diagnóstico verdadero de los problemas que la acosan, máxime cuando se trata de un campo tan minado, porque en él se libran muchas batallas. Cada EC vive su propia realidad, sus éxitos y la parte alícuota de *fracaso escolar* (el 30 %) repartido, el deterioro de la vida familiar, la crisis de autoridad académica, la falta de reconocida profesionalidad de los docentes ante las nuevas competencias, la falta de medidas que prestigien la función docente, los nefastos resultados en las evaluaciones de PISA, la incuria social en los valores éticos, la contienda política, la corrupción socioeconómica, el insulto y la mentira política, la manipulación de la justicia, la huella nefasta del terrorismo, las crisis económicas..., encabezan la lista interminable del desencanto.

Nuestra sociedad vuelve sus ojos con inquietud hacia la escuela, buscando remediar el rumbo de la sociedad incierta en la que todos realizamos esta travesía turbulenta... El enfoque de los diversos análisis que hoy se hacen sobre la educación revelan posicionamientos limitados, pues no tienen en cuenta nada más que algunos elementos de esta inabarcable *complejidad de la sociedad en que vivimos*: sociedad del conocimiento, del aprendizaje a lo largo de toda la vida, tecnificada, multicultural, globalizada, en cambio frenético e irreversible, laica, postmoderna, liberal... (arts. 6 y 7). Estamos en la sociedad del riesgo y de la incertidumbre, nos advierten los sociólogos. La EC se encuentra inmersa *en un mundo complejo*, en el que debemos recomponer todo el holograma, para que cada pieza tenga sentido. Es fundamental comprender que nuestras diferencias son fuente de riqueza. Necesitamos aprender a controlar la complejidad (Morin, 2001): «*Lo global es más que el contexto: es el conjunto que contiene partes diversas, ligadas de manera inter-retroactiva u organizacional*» (p. 45). Por esta imposibilidad de controlar la pluralidad de los problemas, necesitamos tener conciencia de nuestra limitación y aprender a manejarnos en la incertidumbre, donde la estrategia debe prevalecer sobre el programa: «*Una vez tomada la decisión, la plena conciencia de la incertidumbre se convierte en plena conciencia de una apuesta. Pascal había reconocido que su fe era fruto de una apuesta. Hay que generalizar la noción de apuesta para cualquier fe; la fe en un mundo mejor, la fe en la fraternidad o en la justicia, así como en toda decisión ética*». (p. 109).

La evaluación de la EC hoy debe responder a los mismos baremos de toda escuela, pero dejando que resplandezcan sus *rasgos peculiares de identidad*. Estos indicadores necesitan ser subrayados y cuidados, para que su presencia sea relevante y su específica aportación resulte apreciada, no sólo por los católicos, sino también por toda la sociedad (n.º 17 y 53). Por este mismo motivo la EC no debe escapar a la renovación, a la innovación permanente, a la calidad, a la incorporación de las nuevas pedagogías que preparan al educando para los desafíos de la vida.

## **¿CUÁL ES LA APORTACIÓN ESPECÍFICA DE LA EC A LA EDUCACIÓN?**

Si bien la EC encuentra su verdadera justificación en la misma misión de la Iglesia, su fundamento es Cristo y se basa en un proyecto educativo en el que se funden armónicamente fe, cultura y vida, el reto se presenta cuando todo esto ha de impregnar las relaciones y los lazos de la vida escolar, las vivencias y experiencias positivas. Los principios quedan enunciados, pero no se encarnan en la vida, porque fallan las estrategias que determinan unas estructuras participativas y formativas de los miembros de la comunidad escolar. *La transmisión del carisma y de la identidad de la EC* a los docentes, a los padres de los alumnos y a los mismos educandos es un camino sinuoso y exigente, dirigido a crear un clima de relaciones fraternas y de corresponsabilidad. Un centro educativo es una comunidad viva, comprometida, dinámica, pero, además, es el referente de todos los valores que desea transmitir.

Todo análisis profundo sobre la EC nos lleva a los principios que constituyen la identidad y dan sello a las instituciones. Aunque disponemos de preciosos documentos eclesiales sobre la EC, que nos acercan a la dimensión religiosa de la educación, a la identidad del educador cristiano y a la proyección pastoral de la misión, debemos hacer referencia a las fuentes inspiradoras de la misión: *«En mi reflexión he llegado a la conclusión de que la “piedra angular” sobre la que se construye la propuesta educativa de las escuelas católicas es la conciencia de la misión y los dinamismos que de esa conciencia se derivan»*. (García Paredes, 2007). Éste creemos que es el elemento nuclear en el que se enraízan los demás aspectos de la identidad de la escuela y del educador cristiano. En el anexo final recogemos una serie de párrafos para sintetizar el profundo sentido de la educación, entendida y vivida como una trascendente y sublime misión.

No podemos entrar en las posibilidades de una *comunidad comprometida en la misión*, al igual que ya en el pasado..., vivieron muchas comunidades religiosas a través del testimonio de vida fraterna y entregada, refe-

rente de valores encarnados en las personas de los educadores. De esta manera se transformaron en testigos de lo que querían transmitir, por la presencia acogedora, la dedicación plena, la gratuidad de sus vidas, las puertas abiertas de los colegios, las ofertas catequéticas y pastorales, la continuidad del carisma asumido, vivido y celebrado... (Tébar, L., 2003).

*La cultura se transforma en virtud de las fuerzas que acaparan el poder en la sociedad de hoy, especialmente en los medios de comunicación. Educar es remar contra corriente, pues la cultura se enfrenta descaradamente a la función de la escuela. La EC debe saber gestionar el desgaste que el cambio estructural produce en las personas, por el choque de fuerzas, por la impregnación del progreso y de los contravalores en los contenidos educativos y en el mismo contagio de la sociedad de consumo. La superficialidad y la ignorancia religiosa, junto a los ataques subrepticios de las fuerzas políticas y sociales provocan el vacío interior, la fatiga y el abandono de los docentes, que O. González de Cardenal ha definido como *el primer problema moral de Europa*.*

La EC necesita seleccionar, cuidar y acompañar a sus educadores. Frente a una sociedad de sello laico, que excluye toda presencia de Dios y que reconoce la abdicación de la función educadora de los padres, su tarea es más imprescindible y diversa. El cuidado de la formación permanente debe sistematizarse con esmero, pues no puede improvisarse el liderazgo ni la transmisión de identidad, máxime cuando el impacto de esta formación debe revertir en la misma formación de los padres. «*La escuela católica es un lugar ecuménico, donde se privilegia la interrelación, la comunión de los diferentes. En ella la reconciliación se torna pedagogía social, el aprendizaje de ciudadanía*» (García Paredes, p. 119).

*Las luces y sombras* que se proyectan sobre la EC son un fecundo campo de desafíos que abarcan los ámbitos más recónditos de una compleja empresa:

- Los principios teológicos, antropológicos, sociológicos, psicopedagógicos, axiológicos...

- Los factores estructurales del sistema educativo, institucional, escolar, laboral, profesional, disciplinar, económico...
- Los protagonistas de la vida escolar: equipo, docentes, padres, alumnos, servicios, recursos humanos y técnicos..., sin olvidar el progresivo envejecimiento del profesorado y la creciente feminización del cuadro docente.
- Los aspectos pedagógicos y metodológicos: el contexto escolar, los programas, las NNTT, la disciplina, las normas, los resultados, los controles...
- El contexto y el entorno sociocultural...
- El relevo en la MC: descenso progresivo de sacerdotes y religiosos.

## **RECUPERAR Y APRECIAR EL VALOR DE EDUCAR**

El mimetismo social hace que la EC sufra los mismos síntomas de crisis de toda la educación. Es necesario tener un sexto sentido para desplegar las antenas que nos permitan adelantarnos al futuro, ir más allá de los síntomas y de las crisis que se localizan más en la escolarización que en la escuela. Nadie desdeña la necesidad y el valor de la educación. Delors definía la *educación como «un camino de interioridad»*, pero con una gratificante coincidencia entre los pilares, los aprendizajes de la sociedad del futuro, coincidentes con los cuatro valores que el congreso de Bangkok había previsto para la EC del siglo XXI: *Aprendizajes: Valores; Aprender a ser: Respeto; Aprender a aprender: Interioridad; Aprender a vivir juntos: Solidaridad; Aprender a hacer: Creatividad.* «*En los valores se irradia el rostro de Dios, en ellos se anticipa el Misterio (n.º 41).* Los centros educativos son ámbitos que estimulan la capacidad de percepción y de sensibilidad de los valores. Ése es el modo de educar al ser humano. La mejor educación es aquella que ayuda a encontrarse con todo el sistema de valo-

res que habita en la humanidad». «Lo importante no es transmitir normas morales, sino seducir de tal manera con los valores que el arte de vivir los convierta en personas que descubren la ley en su corazón. Lo importante no es “indoctrinar” con la verdad, sino *poner en la mente y en el espíritu la semilla*, la curiosidad por la mística y la espiritualidad» (García Paredes, pp. 120-121).

*No es la educación la que está en crisis, sino la escuela.* Educar es, a la vez, simple y complejo, es la creación de relaciones posibles, es experiencia ética, es provocar, orientar, potenciar, cuestionar, forjar autonomía, responsabilidad, libertad...; mientras que escolarizar es repetición de relaciones preestablecidas. La escuela diseña la educación al modo como un mapa representa un paisaje. Obviamente el error no está en el mapa, sino en confundirlo con el territorio, y más aún, en sustituirlo. El mapa ayuda, pero no reemplaza. Desafortunadamente las reformas diseñan mapas escolares para mejorar la eficiencia de los procesos de enseñanza y de aprendizaje, al mismo tiempo que profundizan en la homogeneización y la pérdida de respeto a la diversidad. Suenan voces que invitan a desescolarizar la escuela. La escuela es sólo una de tantas modalidades educativas. Sin embargo, es la que ha instalado en nuestras vidas sueños utópicos.

La EC necesita acoger la vida y transformarla, cambiando también su entorno. La escuela debe abrirse a la riqueza de su contexto (n.º 6). Hoy una escuela no puede ser una isla. Ha tenido que entrar toda la realidad por un camino virtual. Así no se puede transformar el contexto, pues la burbuja necesita respirar el aire de la vida plural que la circunda para entenderlo, respirarlo y asumirlo. Acogiendo hoy la diversidad, la multiculturalidad, la pluralidad de razas y credos, es como aprendemos la ciudadanía, la solidaridad, el respeto y nos completamos y enriquecemos de nuestras diferencias.

## LA IDENTIDAD DEL EDUCADOR

Aunque en la parte II de nuestro documento se estudia la identidad de la EC, somos conscientes de la trascendente urgencia de potenciar la figura del educador, sobre quien recae la callada y monótona labor formadora en el aula (n.º 35). La construcción de la identidad del educador y su impacto en la vida de la EC tiene sus bases en los distintos procesos de formación del docente, sin dejar ninguno de los ámbitos en el olvido. Aunque muchas instituciones religiosas han realizado un esfuerzo ejemplar de *formación y transmisión del carisma*, repartiendo y delegando plena responsabilidad en los profesionales, la iniciativa no ha llegado nada más que a una limitada élite de docentes (véase revista *Educadores*: 221-222). Muchas instituciones con poca capacidad y con escasos recursos necesitan el apoyo para esta formación, transmisión y continuidad del carisma. *«El laicado seglar, consciente cada vez más de su vocación y misión, está dando un rostro nuevo e innovador a la misión educativa, de la Iglesia. Las funciones, no sólo docentes, sino también administrativas y directivas van pasando a sus manos»* (García Paredes, p. 119).

Conocemos sobrados aspectos que *desmotivan y desestabilizan al profesorado*, ante las nuevas exigencias sociolaborales, responsabilidades, cambios y reformas, el papel que le pide la nueva sociedad del conocimiento, las nuevas competencias e instrumentos pedagógicos, la sociedad multiétnica y multicultural, la desmotivación y agresividad social en la que viven los alumnos, las influencias nocivas de la sociedad sobre la educación... He aquí un crudo diagnóstico de ayer mismo: *«La crisis perceptible en el profesorado está hoy en parte justificada por el hecho de no saber hacer frente a las nuevas situaciones, el no poder percibir su significado y el no saber cómo resolverlas. En realidad, la mayoría no siente crisis alguna, sino que expresa la anomia, el malestar y el deseo de huida. Hoy la principal reivindicación del profesorado es la jubilación anticipada»* ... *«Se declaran derrotados y quemados, a pesar de que, comparativamente con la media europea, tengan mejores condiciones de trabajo y un salario más alto. Tampoco abandonan la profesión, a pesar*

*del malestar; por lo cual están condenados a la desmotivación y a la absorción del conflicto, si toda esta dinámica no cambia*. (J. Gimeno, *Cuadernos de Pedagogía*, diciembre de 2007).

La educación, los valores, el testimonio y la configuración de «*un ambiente animado por el espíritu evangélico de caridad y libertad*» (n.º 29) es tarea específica del profesor a pie de aula. La responsabilidad de dar vida al proyecto educativo católico y de asegurar la continuidad del carisma, la implicación en la animación y en el acompañamiento de los alumnos, cae sobre los hombros de los *educadores laicos*, máxime en este momento de alarmante descenso de los religiosos en la educación (n.º 12). Por esta razón encontramos necesaria una mayor conciencia de la formación permanente, desde el momento de la selección hasta la culminación en la asunción de responsabilidades directivas, del acompañamiento institucional y de una impregnación de cuanto puede permitir la óptima transmisión del carisma peculiar, que sólo puede conseguirse en un clima de plena integración y compromiso en la misión educativa (n.º 42).

La EC debe ayudar a los educadores a descubrir la *dimensión ministerial* de la misión educativa. Juan Bautista de La Salle, patrono celestial de todos los educadores, ha escrito páginas que enaltecen y manifiestan la relevancia y trascendencia de uno de los ministerios más importantes en la Iglesia, que debe ser entendido y vivido en comunión con toda la comunidad eclesial, en clave de misión compartida. Éste es un tema de inaplazable toma de conciencia, para elevar el aprecio de una trascendente misión, e incentivar la autoestima y despertar la conciencia vocacional. Al hablar de la unión de fuerzas en la misión, no podemos eludir esta total vinculación al sentido de esa misma misión, ejercida representando a una institución de Iglesia.

Algunos expertos apuntan a la refundación de la escuela, empezando por refundar la formación docente, para la nueva escuela del siglo XXI. El profesor portugués António Nóvoa apunta tres criterios orientadores para formar al profesor de hoy: «*Comprender a la persona en su diversidad y en*

*su singularidad; primar el trabajo colectivo y las rutinas de diálogo; y hacer una propuesta prudente sobre qué merece la pena enseñar y cómo debe hacerse...».* Dentro de estas claves, las conclusiones no son menos contundentes: necesitamos refundar la profesión docente. Hemos prestado poca atención a la dimensión de coparticipación. Hoy tenemos en las aulas una diversidad «explosiva» que debemos incluir, salvando todas las barreras de aprendizaje y de participación. Es imposible enseñar a un alumno que no quiere aprender. La escuela es un lugar social y científico, de personalización y socialización, a la vez. No es posible hacer educación desde el cinismo: nadie puede enseñar, de hecho, si no cree que merece la pena enseñar lo que tiene que enseñar, que lo que tiene que enseñar tiene un valor para los alumnos. Que merece la pena enseñar todo lo que une y todo lo que libera. Que sin emociones no es posible tomar decisiones, no es posible movilizar un pensamiento racional (como enseña el prof. A. Damasio). Que el diálogo nos hace personas, subrayando ahora que es la coparticipación con los compañeros y compañeras lo que nos hace educadores (recordando a P. Feire). Que nunca debemos olvidar la doble matriz de la escuela: lugar de compartir el saber y lugar de aprendizaje de las reglas de la vida en sociedad... (n.º 60). Que el trabajo educativo implica siempre un horizonte ético: educar es una experiencia ética. Ser profesor hoy es rechazar modas, la novedad por la novedad, y construir un camino pedagógico con los compañeros, un camino que busca la sensatez y la coherencia, como base para todos los valores que forjan la educación integral. Que enseñar es un camino de interioridad y de saborear los valores, donde el escenario escolar se hace insustituible.

## **HACIA UNA MAYOR CALIDAD Y PROFESIONALIZACIÓN DE LA EC**

La educación es a la vez ciencia y arte, pero es una empresa compleja. El resultado no es medible empíricamente, pues trasciende a toda inversión de recursos y atenciones humanas. El control de todos los elementos que inciden en el mundo educativo supera toda organización, pues siempre se

nos escapan muchas de las variables independientes que son incontrolables en el ser humano. Pero resulta innegable la necesidad de avanzar hacia una constitución de equipos estables y profesionales que asuman el empeño de un proyecto educativo inspirado en el humanismo cristiano.

Tal vez *la dimensión comunitaria* es la más innovadora y la más acorde con el sentido eclesial de la EC (n.º 13). Formar un equipo humano en sintonía y en coherencia con los valores evangélicos exige hoy una atención por parte de todas las instituciones de la Iglesia empeñadas en la EC. La pedagogía y las ciencias humanas van abriendo caminos que reclaman formación e innovación permanentes. *La mejor educación es la preventiva*, la que dispone de forma proactiva de los recursos para fundar sobre el éxito, la motivación y la implicación de los alumnos, todos sus procesos de enseñanza-aprendizaje. La EC hoy padece un ostracismo y olvido lamentable, tanto en el reparto de los recursos materiales como humanos. No puede mantenerse una actitud resignada y asumir la indefensión pasivamente frente a los poderes establecidos. La EC no pide para sí, se trata, más bien, del desempeño cualificado y digno de una misión y, en definitiva, de la formación integral de los educandos, sin distinción de sexo, edad, nivel, raza o religión...

*Las nuevas competencias de los docentes*, fruto de los acuerdos supranacionales y encaminados hacia metas laudables, reclaman recursos, formación y autonomía en el ejercicio de la misión educativa. La EC debe ampliar el horizonte de su mirada, de sus expectativas y de sus exigencias para lograr los mayores topes de libertad, equidad y calidad en la educación. Estas mismas competencias las queremos extender para la formación de toda dimensión y proceso pastoral y religioso.

Es imprescindible rescatar la *coherencia pedagógica y metodológica* que nos garantice la continuidad y los éxitos educativos, en este momento de cambio hacia la sociedad del conocimiento. Las tendencias educativas subrayan la importancia de formar a la persona, enseñar a pensar para aprender a aprender, por encima de los contenidos. Hay que formar

estructuras mentales, enseñar la autonomía y la capacidad de saber aprender el resto de la vida, como reclama la eclosión de la sociedad de la información y el irreversible impacto de las nuevas tecnologías. Los docentes necesitan dar ejemplo de flexibilidad y capacidad de respuesta a las nuevas demandas de la sociedad tecnificada y en cambio permanente. Necesitamos constituir comunidades de aprendizaje, para que todos recibamos los saludables impactos de la nueva educación.

## LA EC CON VISIÓN DE FUTURO

El futuro se llama *incertidumbre*. Está empezando a emerger una nueva conciencia: el hombre, enfrentado por todos lados a la incertidumbre, se ve arrastrado a una nueva aventura. Por eso la educación del futuro debe volver sobre las incertidumbres vinculadas al conocimiento: «*El conocimiento es navegar en un océano de incertidumbres a través de archipiélagos de certezas*» (p. 104).

Tener *visión de futuro de la misión educativa*: Tener visión no es lo mismo que tener ideales, que proponer objetivos sublimes. Propio de la visión es intuir por dónde irán las cosas, hacer una maqueta del futuro que debe ser construido, descubrir cómo los sueños podrán hacerse realidad, y no quedar ahí como compensaciones a nuestra imposible ansiedad. Tener visión no es propio de cualquiera, sino de los visionarios, de aquellos a quienes les ha sido concedido «ver», pre-diseñar el futuro.

*La formación y corresponsabilidad de la familia, los padres, sigue siendo la asignatura pendiente de la educación*. Los padres constituyen un potencial estático que hay que dinamizar (n.ºs 41 y 47). Su protagonismo es indispensable para la defensa e implantación de la EC, pues son ellos los que, en el ejercicio de su responsabilidad y libertad, optan por elegir una escuela que responda a sus convicciones. Resulta incongruente, a primera vista, conocer el alto porcentaje (que en algunos niveles supera el 70 %) que eligen la formación religiosa escolar para sus hijos, y constatar

después el poco impacto social que implica esa opción. La EC debe canalizar todas las sinergias y asumir su responsabilidad social (véase FERE, n.º 444). Los padres necesitan tener mayor protagonismo en la sociedad. Los esfuerzos formativos, motivadores y de invitación a ejercer una presencia en los foros e instituciones decisivas de nuestra sociedad, denuncian un olvido o falta de confianza en su labor, bien por distanciamiento, bien por falta de atención a su formación y preparación para dirigir los destinos de la EC, como hoy lo hacen las instancias responsables en la FERE, CECE, y escuela católica. Es urgente adelantarnos al futuro, invirtiendo en preparar líderes tanto pedagógicos como espirituales de la EC.

Educar con sentido universal, *en dimensión de catolicidad*: «Católico es lo que tiene que ver con lo holístico o el todo. No es entendido aquí en términos sectarios, diferenciales. Si pudiéramos comparar el mundo de los valores con un puzzle que hemos de recomponer, podríamos decir que propio de lo católico es utilizar todas las fichas o piezas del puzzle, de manera que ninguna sobre. Lo propio de lo católico es la sabiduría de saber dónde se coloca cada pieza del puzzle, pero todas son necesarias». (García Paredes, p. 121).

Si hablamos de futuro, *debemos hablar de nueva imagen de la EC*. El márketing nos puede ayudar a superar el desfase, las huellas del envejecimiento y el posible rechazo que crean los estereotipos culturales, para destacar las aportaciones auténticas de la EC a la sociedad de hoy. La EC no puede resignarse a los imperativos de la sociedad de consumo ni a los ataques solapados de la política. La EC debe conquistar mayores cotas de confianza y aprecio de su misión en nuestra sociedad. El sentido de superación y la autocrítica deben nacer de dentro. El documento que venimos cotejando nos habla de *unidad* (art. 57) casi como artículo de lujo. Desde ámbitos privilegiados podemos subrayar esta urgente tarea de diálogo, de aproximación, de unión de fuerzas entre jerarquía, FERE-escuelas católicas y padres (CONCAPA). La sinergia posible marca una meta a conseguir, que no puede esperar, a menos de dejar preciosas oportunidades para la renovación y la calidad de la EC.

La EC sólo podrá formar auténticos ciudadanos y constructores de una sociedad mejor a partir de la vivencia de los valores genuinamente evangélicos de la acogida, el amor, la entrega, el perdón... El *clima de relaciones cordiales* y de ayuda solidaria entre los componentes de la comunidad escolar será el elemento diferenciador y garantía de la calidad y presencia de *los valores* que distinguen a toda EC.

Es imprescindible y urgente la alfabetización informática, para que impregne toda la vida, las innovaciones y conexiones en la EC. Si la EC debe vivir el estilo de comunión, no puede excluir un medio excepcional como Internet para vivir en red. Sólo contemplando la educación como la misión transformadora de la Iglesia, podremos cargar de sentido innovador este breve léxico que sintetizo, a modo de *conclusiones, propuestas y compromiso prioritario y urgente, que reclama la sociedad de hoy*:

La EC posee un *potencial estático*, humano y espiritual, de enormes dimensiones. Es necesario aglutinar las fuerzas dispersas a través de una coordinada planificación y diseñar proyectos comunes. La EC debe tener mayor peso social, presencia cualificada y respetada en el mundo educativo, pedagógico y formativo. Su protagonismo debe percibirse por la presencia en los diversos foros y por su contribución en los diversos ámbitos de la educación y el saber.

La nota identificadora de la EC, la catolicidad, está reclamando un *liderazgo compartido* y una dinámica que aproveche todas sus *sinergias* institucionales y sus acciones concretas, desde el micro al macro mundo: Iglesia, parroquia, escuela, familia... demandan más unidad, coordinación de objetivos, acciones, márquetin, que aporten una imagen social más actualizada y comprometida, más salvadora y solidaria, más abierta y esperanzada, local y universal. En este ámbito subrayamos la imprescindible presencia de los padres y profesores que, desde el laicado católico, están llamados a un protagonismo transformador en la sociedad. El futuro de la escuela y de la Iglesia está pidiendo a voces la formación y preparación de laicos responsables para ponerse al frente de la EC.

Tal vez el «pacto» social que exigimos a los demás, a las fuerzas sociales y políticas, deberían aportarlo, primero, todas las instituciones de la Iglesia, a través de un «*pacto interno*» que aglutine todas las fuerzas y todos los proyectos, que nos permita superar el escándalo de la desunión, que resta credibilidad a nuestra misión. Para ello disponemos de los mismos instrumentos y de las *redes* de todas las instituciones, con una dimensión universal.

La EC debe saber competir con lealtad y colaborar con todas las instituciones educativas, no desdeñando su compromiso con las actividades artísticas, lúdicas, culturales, que acogen a todos y forman en los valores más universales, siendo *motor de innovación*, de profesionalidad, de formación permanente. Para ello debe profundizar, al mismo tiempo, en su significatividad y aportación específica a la sociedad y al mundo de hoy, especialmente el de los más necesitados y de la juventud.

Sólo ejerciendo el protagonismo que su amplia presencia social le permite, podrá la EC realizar la *misión profética* a la que está llamada y contribuir en la transformación de los entornos inmediatos a su ubicación, por los valores humanizadores, vividos en clima de comunidad solidaria, con el esfuerzo y la entrega sin condiciones a todas las necesidades humanas.

La EC debe destacar en el cuidado y constante renovación de la *pedagogía religiosa y catequética*, actualizando y dando plena coherencia y diversidad a todos sus instrumentos formativos, especialmente en la clase de formación religiosa. Si hablamos de adaptación a los procesos evolutivos de aprendizaje de los alumnos, para las diversas disciplinas, también aplicamos, sin excepción, ese esfuerzo adaptativo, si cabe con más esfuerzo cuando se trata de la formación en el área de la religión escolar y en las formas de celebración y vivencia de la religiosidad.

Si denunciamos olvidos y negligencias en la formación del profesorado, para desterrar el fracaso escolar de las aulas, para poder avanzar al ritmo de los desafíos de nuestra sociedad y a las urgencias de la EC, la *formación permanente de los educadores de la EC*: profesores, pastoralistas,

catequitas, tutores, padres, directivos, debería ser una prioridad constante, para paliar el problema más grave de la Iglesia de nuestro tiempo: «La ignorancia de los católicos», pues coincidimos en la convicción de que enseñar a pensar, formando la inteligencia, dispone al ser humano a acercarse a las fuentes de la fe y poder comprender mejor el mensaje de la buena noticia.

Y el aspecto esencial de la formación –profesional, teológica, carismática, gestión, liderazgo...– nos debe unir en *profundizar y adquirir conciencia de nuestra misión, una misión compartida*, pero una misión trascendente, manteniendo viva la profecía del Vaticano II: «*El futuro de la humanidad está en quienes sepan dar a la juventud razones para vivir y razones para esperar*» (GS, 41).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Delors, J. (1996): *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana-UNESCO.
- FERE-CECA (2005): *Escuela católica: signo y propuesta de futuro*. Madrid: SM.
- García Paredes, J. (2007): «Sobre la piedra angular». *Ponencias IX Congreso EyG y Congreso 50 Aniversario FERE-CECA*. Madrid: Escuelas Católicas: 93-124.
- González de Cardenal, O. (2004): *Educación y educadores*. Madrid: PPC.
- Morin, E. (2001): *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona: Paidós.
- Tébar, L. (2003): «La Educación Cristiana en clave de Misión Compartida». *Revista de FERE*, n.º 444: julio-agosto. 43-46.
- Torralba, F. (2001): *Rostro y sentido de la acción educativa*. Barcelona: Edebé.
- VV.AA. (2007): «Los carismas pedagógicos de las 26 Instituciones con mayor presencia actual en la Escuela Católica». *Revista Educadores*, n.º 221-222, enero-junio. Madrid: FERE-CECA: Escuelas Católicas.

# Anexo

## FUNDAMENTO Y SENTIDO DE LA MISIÓN EDUCATIVA

- *La misión educativa* es una de las dimensiones y campos más serios de la misión de la Iglesia. La escuela es para la Iglesia un espacio privilegiado de misión. Ningún tema social es más esencial que el de la educación. Lo más importante es que el educando aprenda a pensar por sí mismo. Los maestros y educadores son mistagogos que introducen en esta nueva fase de la historia de la humanidad mayéuticas que ayudan al alumbramiento del «ser humano nuevo» que todos llevamos dentro.
- Desde el Concilio Vaticano II se ha ido introduciendo entre nosotros una nueva mentalidad: *la misión como diálogo*, como inserción en los procesos que van aconteciendo, como encarnación en la realidad, como acompañamiento, iluminación, proximidad.
- La Iglesia no goza de altas cotas de confianza, de credibilidad en la sociedad democrática europea. La sociedad laica nos ve como un peligro, como una amenaza a las libertades, como una sociedad rígida, cerrada, enemiga del progreso y del pluralismo; se opone a nuestras propuestas educativas, a nuestra visión del ser humano.

*La tarea previa que hoy tiene la Iglesia entre manos es la de hacerse creíble.*

- *Pasar del trabajo educativo a la misión educativa.* Se vuelve necesario recuperar un modelo de misión que no se fije tanto en ayudar a los demás, que hoy frecuentemente es visto como actitud presuntuosa y de superioridad, cuanto de estar junto a los otros, potenciarlos, ser mecen-  
nas del nacimiento de un nuevo ser humano.

- La iglesia reconoce la misión educativa en Europa, en este momento, como un nuevo areópago, donde ella debe estar presente para aportar su sabiduría, su experiencia de humanidad plural. *Educación para la ciudadanía mundial y europea* requiere un nuevo tipo de educadores, que sean auténticos especialistas y pedagogos de lo que es una nueva ciudadanía y sean ellos mismos ejemplo de aquello que se pretende. El ideal es crear un tipo tal de comunidad educativa que plasme en ella misma la nueva ciudadanía que se pretende. La escuela quiere crear un microclima que haga posible el aprendizaje y el ejercicio de la nueva ciudadanía.
- Tener conciencia teórico-práctica de la misión: hablar de «misión educativa» en clave teológica quiere decir, ante todo, que el ser humano se siente llamado e impulsado a *colaborar con la misión educadora del género humano que viene de Dios*. Es participar en un movimiento y un proyecto trascendente que tiene al mismo Dios como principal agente y responsable.
- La misión deriva de la misma naturaleza del Dios trinitario. La misión es un atributo de Dios, un movimiento de Dios hacia el mundo, del cual la Iglesia es un instrumento. *La misión tiene a Dios como sujeto y no tanto como objeto*. No se trata de una misión al servicio de Dios, sino de Dios en misión al servicio nuestro. Lo que le es dado al ser humano es colaborar humildemente en la misión divina. Es a Dios a quien corresponde el peso de la responsabilidad misionera. Nosotros somos «siervos inútiles», llamados por gracia a colaborar.
- La misión no es partidista, parcial, cerrada, sino abierta, ecuménica, dialogante, casi diría también «ciudadana». Hay que descubrir las mediaciones a través de las cuales Dios lleva hoy adelante su «*missio*». *La misión nace de las entrañas de Dios-Abbá* que envía a su Hijo al mundo.
- *El Espíritu* es el misionero del Padre y del Hijo. Él lo enseña todo. *Es el Maestro interior*. El Espíritu actúa de forma invisible. Los carismas derramados son su epifanía. Actúa a través de la variedad de carismas.

Él es el gran protagonista de la misión, y quienes se dejan llevar por el Espíritu, éstos son los auténticos misioneros y misioneras de Dios. La misión de Dios acontece en todo el mundo. Todos los seres humanos pueden convertirse en mediadores de la acción del Espíritu.

- *El ser humano ha sido creado para realizar una misión*, recibida del Creador: «Sed fecundos, multiplicaos y henchid la tierra y sometedla...» La humanidad se encuentra en permanente estado de misión. La familia y la pareja, el trabajo y la economía, la política y la organización social, el arte y la artesanía, el mundo religioso y cultural..., todo ello pertenece a la tarea que el hombre ha recibido de su Creador.
- La misión educativa que muchas mujeres y hombres descubren dentro de sí, tiene aquí su origen. Más allá de las religiones, de las creencias, de las culturas, más allá de las conciencias explícitas de ello, millones y millones de seres humanos han estado, siguen y seguirán estando implicados en la misión recibida por el Creador. Por eso, *la misión educadora siempre será «misión compartida»*, misión ecuménica, misión en la que nadie puede arrogarse superioridad sobre los demás.
- La misión no puede realizarse de espaldas a Dios Padre y Creador, pues sin contemplar su rostro y su voluntad, la Misión pierde toda su razón de ser y se convierte en anti-misión, en autosuficiencia estéril. *Sólo en Alianza podemos cumplir la Misión* y sólo en Alianza podemos decir que el Reino de Dios se establece entre nosotros. Jesús no tuvo como misión invalidar el proyecto creador, ni condenar a los hombres por la generación, la producción, la política. Al contrario, Jesús vino para restaurar el proyecto originario de Dios.
- Toda misión es compartida, y compartida con todos los seres humanos. Lo mismo cabe decir de la «misión educativa». Todos los seres humanos somos responsables de la misión educadora recibida del Creador, como responsabilidad en la educación de los hijos, en la educación de las jóvenes generaciones y en la educación de la sociedad. Por eso,

*Dios envía a la humanidad el don de grandes educadores, sin hacer acepción de personas a causa de su credo, religión o cultura.*

- *La misión del Espíritu se encarna en cada una de las tareas carismáticas que los distintos grupos y personas realizan en el mundo, en la Iglesia. En ellas se manifiesta la creatividad del Espíritu. A nosotros, los cristianos, también nos ha sido revelada la dimensión teológica de la vocación, del agradecimiento carismático, de la misión. Tenemos conciencia, por eso, de que nuestra misión no es nuestra, sino que es expresión de la «Missio Dei», la misión compartida con nuestro mismo Dios. Nos ha sido revelado que todo ha sido creado en Cristo Jesús, que el Espíritu de Dios llena la tierra, que no tenemos nada que no hayamos recibido: «Cuando hicisteis una de esas cosas a mis pequeños hermanos, a mí me lo hicisteis».*
- Dios está implicado en la misión educativa como protagonista: el Espíritu de Jesús la lleva adelante y la comparte con todas aquellas personas que han recibido sus carismas. No importa que no conozcan o reconozcan ese trasfondo teológico. Con todo, a nosotros sí nos ha sido revelado. Podemos vivenciar la misión educativa y los dones recibidos para llevarla a cabo de una manera más consciente, más vital, más esperanzada. *Tenemos la conciencia de llevar en nuestras manos la obra de Dios, la misión de Dios.*
- *Las motivaciones* por las que hacemos las cosas son enormemente importantes. Cuando conocemos el porqué de lo que hacemos, entonces actuamos mucho mejor. Por eso es tan importante la revelación de Dios que nos muestra el valor inmenso de nuestras tareas y nos las hace descubrir como auténtica misión que viene de Dios.
- *Evangelizar* es, por tanto, anunciar al mundo el sentido de todo lo que somos, vivimos y hacemos. No es indiferente conocer la revelación o no conocerla. En consecuencia, evangelizar es el primer deber de la Iglesia. Evangelizar es anunciar a todos una buena noticia que les compete.

*Somos misioneros de Dios en las obras que realizamos.* Sabemos que estamos colaborando en su Proyecto que no puede prorrogarse indefinidamente. La Misión, como consecuencia de la revelación, es impaciente, apasionada. Es preciso vivir en profunda contemplación de Dios y de su Misterio que poco a poco nos va revelando el sentido. Por eso, sólo una comunidad celebrativa es agraciada con el don de la revelación apocalíptica, que es esencial para realizar la Misión según la voluntad de Dios.

- No es de radical importancia que los institutos de vida consagrada pregonen su misión, que suele ser lo más normal, sino que intenten descubrir hacia dónde los está llamando el Espíritu, *para ser auténticos instrumentos para la misión*, pues han recibido del Espíritu Santo el carisma colectivo necesario para actuar de forma innovadora en la misión educativa. Propio de la vida consagrada es una connatural sensibilidad ante las mayores necesidades de los seres humanos, especialmente de los pobres, de los indefensos, de los inocentes, víctimas de la violencia, como el buen samaritano que acude en ayuda de los que están más necesitados.
- Una persona o una comunidad con conciencia misionera nunca se siente autosuficiente; *se saben humildes mediadores*, personas que comparten con muchas otras el servicio del Reino de Dios. Como Juan el Bautista, el auténtico misionero está dispuesto a decrecer, para que la misión compartida crezca. El auténtico misionero cuida para que en la misión aparezcan todas sus más bellas características: creación, redención, espíritu, apocalíptica.
- Ésta es la «piedra angular» sobre la que se construye la escuela católica: una concepción abierta de la misión educativa, que no renuncia a sus aspectos teológicos y fundamentales, pero tampoco renuncia a *ver cómo Dios realiza la misión de las formas más insospechadas* y emplea las energías humanas para abrirnos caminos, que no son nuestros caminos.

(Extracto-síntesis de la ponencia de J. García Paredes en el IX Congreso EyG y Congreso 50 Aniversario FERE-CECA).